

Rara vez un país tan chico como Chile ha tenido un poeta tan internacionalmente grande como Neruda, cuestiones tan profundas de su cultura, su historia, de alguna manera, hechas a su medida. El 13 de junio, de haber vivido, habría celebrado sus 75 años y uno se imagina una fiesta de cumpleaños como la que él sabía dar: una fiesta de papeles, con invitados prestidigitadores y serpentinistas como las fiestas de esos años privilegiados que él no fui, pero que, consciente de que toda celebración es para invocar, cada tanto se las pasaba en la playa, regalando los papeles que los píqueros de Chile, o con los nobles vinos franceses que era experto en catar.

Pienso que este Baile de las celebraciones, a quienes conocían a su autor y su rostro, había sido el lugar de su natal Teno, cerca a Rancagua, un asombroso falso y sonriente, siempre vestido de negro, porque iba solitario por el dorado del día, distinguido de si mismo con el chaleco y la corbata de seda, tal como lo ha immortalizado la fotografía de Suárez.

Su relación tan extraordinariamente sencilla con el mundo de lo cotidiano —que en su libro de memorias y descriptivo en ese ambiente, el Lenguaje de las grandes de Quinchamalí y de Pomaire, el Sello de los chamanes, el Spike del silencio y el pebre, y una vez descubierta y rescatada la memoria de su infancia, estuvo tan perdida— era ignorante hasta el límite setentista, se transformaron en los niños que nos fuimos definiendo. En mi parentesco, como casi todos los escritos chilenos, de la memoria de mi infancia, de mi hermano Hoy, de que cierta juventud habla de su apacible nacimiento con otros autores, la poesía chilena, Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, a quienes la memoria recordó de Neruda, y que yo no sé si se acuerda de que yo quería ser poeta, dentro nos hace escuchar, resucitar esos impulso a reconocer en el modesto mundo que nos rodeaba, equivalencias con lo que otros países del continente tenían y nosotros no: ríos y ríos, colinas y viñedos. Dijo que Neruda caía en la cañada y la paloma de gracia de Pomaire se trascendió.

## Los 75 Años de Pablo Neruda

Por José Donoso

301246

nuestros complejos de inferioridad, y los nombres de marcas de chocolates, de juguetes, de dulces, de otros sitios— Puerto Saavedra, Lago Budi— otros ignorados, se instauraron en nuestra imaginación como presencias suyas.

Yo, lector aprensivo que adolescente de Neruda —muy aprensivo— quería leerlo en su totalidad, lo devoré a través de los veranos hasta Temuco, hasta Puerto Saavedra, hasta el Lago Budi, hasta los salones de piedra negra desmonedados de la costa que se ofrecían hermosos y preciosos, y que yo no sabía que eran de la minería, de la pata, hasta los mercados de vendedores indios, hasta el río Imperial con la reverencia de sus maullines de madruga en que se detenía el vaporero regusto de camionetas que se detenían en la orilla del río, hasta el río Grande, Neruda había contemplado los ardorosos reflejos en su primer libro. Y en ese largo verano soñaré de tres meses que pasó en Puerto Saavedra, población de 300 habitantes, en la que la gente de allí iba a la playa, nadaba y a caballo toda la zona, viviendo en una casa de pescadores situada en un banco de arena en el estuario, escribió los cuentos para el primer libro que más tarde publicaría en el año de Neruda, que ya habrá sacado en sus lugares.

Propagó Neruda ha sido, entre muchas otras cosas, un descriptidor de sitios, un inventor de casas, un niño enamorado de juguetes, un incansable de mitologías. Cada vez gafones y pamelas— hoy no puedo leer sus versos sin sentirse regocijados, justa a mi vida— pronuncian

chulas los modestos, miserables pueblos chilenos de aldeas y colonias y que no convivían, pero que presentaban por él estos distritos y a solo le dirigía, de nuevo, a Chacabuco, donde había ido mil veces, o a Pomaire, a comprender en qué los había transformado para sacarla de su infancia, o a la playa de la Costa, o a la playa de Valparaíso, hasta la noche de literatura—en realidad rebata a la gente que lo llevaba a ese campo—, pero si de objetos, de antigüedades o curiosidades comprobadas en el Mercado de Pomaire, o en Rancagua, o en Santiago, o en el Paseo de las Antigüedades de los cuales era solido. Y esa casa— una increíble casa nerudiana— atestada de colecciones y objetos que se opó “desorden” en los inventarios del museo, para que no se perdieran, que se perdieron por fin— juguetes, muñecas—, aunque de gusto por los menos descriptibles, eran como una aventura en el aneñamiento de todo lo que los rodeaba, las colecciones de botanas suaves en forma de flores de la selva, de la montaña, de la costa, de los libros curiosos, los mazacoros de papa, las conchas.

En todo caso, resulta impensable no seguirle los pasos a Neruda: es como si su trabajo fueran una misión sagrada, una misión de su infancia, cuando se van a sacrificar y era necesario seguir. Considero no trato de asustarme para escribir la segunda edición de Coronación —que trae la memoria de su infancia—, ni de temer que el palmo bimediático que blanca un niño nerudiano. Ya conocido a Neruda, pero no era amigo suyo: es residuo nos una el afecto, pero nunca podrá decir que fui su íntimo. Sin embargo, el exterior ensayo de Neruda no era nunca completamente exterior, ni el interior todo latencia: Al to-

mar algo de Neruda uno siempre tocaba algo de los dos. Me dirigi, entonces, a la Isla Negra, que no es si él sí nació allí, pero que él nació en la Isla Negra, generalizado por él. Allí bucearé una casa, no en el pueblo, sino en el campo cercano, una casa de pescadores otra vez, y en un cuarto lleno de sacos de pescatas, con una puerta que daba a la playa, y en la playa, con la arena de playas marítimas y mirando el mar que resugía en las negras rocas, de abajo, en seis meses terminé mi primera novela, Coronación. La condición de los pescadores era pobre, pero la condición de los pescadores era pobre, compatriota su mesa; los pescadores no tenían botín, ni facilitaba el suyo para que me fuese a duchar cuantas veces quisiera; muy sabía voluntariamente andado, pero me enseñó a nadar, a bucear, a nadar en la noche, a nadar congeladas a visitantes de Santiago y del extranjero que llegaban al salón. Eran reuniones jocosas, alegrías, bodas, bodas de mujeres guapas, de hombres que pese a ser de Pichilemu, de Valparaíso, de Santiago, de Europa, de Asia o África. Nada se goataba tanto a Neruda como hablar de sus amigos o de otros tiempos, de Ascot Capones —un niño chileno que, por la noche para mí, cabecero del todo literario, que se acuerda de la memoria de la infancia de la imaginación de Neruda, que lo transforma—, de los inolvidables amigos de Espada, de Federico, sobre todo, y de otros amigos chilenos que si los chilenos que llevaban el nombre de su país, que se acuerda de su amigo Juan Espar, por ejemplo. En medio de una de esas reuniones, con el trío y fragante Pacífico asentando las rocas de abajo y a veces nadando la varita, de agua clara y la arena blanca, se acuerda de su memoria y a su extenso de la mesa del comedor y con su estilográfica escrita con tinta verde en un papel, toda una oda, que no nos留下. Simplemente, se la guarda para su propia memoria. Esas reuniones, en las que se acuerda de su infancia, lo visitaron en mi presencia haya escrito La oda a la oveja, que es mi preferida entre las Odes Elementales, entre un vaso de vino pippetto y un plato de arroz con cebolla y zanahorias (EF).

0 MUNICIPAL - SECCION - 10-VIII-1949. P - 2.

# Los 75 años de Pablo Neruda [artículo] José Donoso.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Donoso, José, 1924-1996

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Los 75 años de Pablo Neruda [artículo] José Donoso.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

## INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile